

El Madrid de Vallejo

Las relaciones de Vallejo con Madrid se conocen por medio de tres informaciones, los artículos madrileños respecto a la obra de Vallejo (que no son muy abundantes), la correspondencia del propio poeta en la que nos habla de sus posibles viajes, las referencias de los amigos tras la muerte de Vallejo y la breve aparición del término *Madrid en su poesía*.

El primer envío de Vallejo a una revista literaria madrileña será el poema titulado «Hay un lugar que yo me sé», aparecido en *España* (1923), publicación dirigida por Luis Arasquistain. Esta revista tuvo su influencia ideológica en Perú por la difusión que se le hizo desde las páginas de *Nuestra Epoca*, en la que colaboraron Vallejo y sus amigos: César Ugarte, Félix del Valle, César Falcón, Valdelomar, Mariátegui, etc. Citaremos, como muestra, el poema:

«Hay un lugar que yo me sé
en este mundo, nada menos,
adonde nunca llegaremos.
Donde aún sin nuestro pie
llegase a dar por un instante.
Será, en verdad, como no estarse.
Es ese un sitio que se ve
a cada rato en esta vida
andando andando de uno en fila.
Más acá de mí mismo y de
mi par de yemas, lo he entrevisto
Siempre lejos de los destinos
Ya podéis iros a pic
o a puro sentimiento en pelo,
que a él no arriban ni los sellos.
El horizonte color té
se muere por colonizarle

para su gran cualquiera parte.

Más el lugar que yo me sé
en este mundo, nada menos,
hambreado va con los reversos.

—Cerrad aquella puerta que
está entreabierta en las entrañas
de ese espejo. —¿Está?— No, su hermana
puede llegar nunca a aquel sistio
—do van en rama los pestillos.

Tal es el lugar que yo me sé.»

(Pinto Gamboa, pp. 25-26)

Asimismo, otras revistas españolas se harán eco de su obra, como *Alfar* (La Coruña-Montevideo), donde publicará en 1924 el relato *Los Caynas*, de *Escalas melografiadas*, y en noviembre de 1924, una crítica sobre escultura, y en 1926, otra sobre pintura.

La primera referencia de la crítica se encuentra en el denostador artículo de Luis Astrana Marín en *El Imparcial* (20 de septiembre 1925), donde bajo el título «Los nuevos vates de allá» comenta o más bien se burla de *Los heraldos negros* y de *El libro de la nave dorada*, de Alcides Spelucín: «Otro no menos ilustre, que se firma tal César A. Vallejo llega también de tierras americanas (...) Ese César ha creído que venir a España, ver y vencer sería todo uno» (Pinto Gamboa). A lo que contestará Vallejo, carente de acritud y de interés en defenderse: «Al revés de lo que cree el señor Astrana Marín, yo no he puesto aún pie en la villa y Corte. De España apenas he conocido hasta ahora la verde y horaciana Santander» (p. 1040 Meneses)

Un año antes, en mayo de 1924, su amigo y posterior diplomático de la Legación peruana en España, Pablo Abril de Vivero, irá a Madrid, lo que motivará una de las más extensas correspondencias de Vallejo, si bien siempre a «la caza» de algún sistema de supervivencia que le permita mejorar su economía. Ya en esta primera carta le dice: «no se olvide usted de mí. A ver si con Sassone y la simpática y talentosa Angélica Palma, puede usted conseguirme algo en los periódicos de Madrid, para mis cosas que yo envíe desde aquí.» «Consígame algo, Pablo gentilísimo y magnánimo. Consígame algo en cualquier periódico, por correspondencias o crónicas de París (p. 50 *Epistolario*...).

La actitud de Vallejo respecto a Madrid será siempre contradictoria; en mayo de este mismo año escribe a Abril que si bien podría lograr un gran reconocimiento a sus méritos literarios en —como había indicado antes— la Villa y Corte, también «Me dicen que ahí podemos morirnos de miseria, con más facilidad que en parte alguna del mundo» (p. 55); un año más tarde afirmará todo lo contrario, como veremos.

En agosto de 1924 le pide a Pablo Abril que interceda por él, a fin de lograr una beca para estudiantes hispanoamericanos en España, su propósito será finalizar sus estudios de Jurisprudencia en Madrid.

En 1925 obtendrá la beca, pero evitará por todos los medios viajar a la capital, pese a lo reseñado en el artículo de *Mundial*, pues en la carta a Carlos Quidez Asín le interroga: «¿Hasta cuándo seguirá en Madrid? Quizás le convendría un poco de París y otro de Italia» (p. 71), y por las mismas fechas le dice a Pablo Abril «Si llego a caer en Madrid algún día, a una de las primeras personas que buscaré será usted» (p. 71 *Epistolario*), por la expresión no parece que el viaje ni el interés por conocer Madrid sea inmediato. Incluso en el artículo de *Mundial*, respondiendo a Astrana Marín, parece tener que justificar el viaje a Madrid (*Mundial* 1 de enero 1926. *Crónicas*, aparece fechado en Biarritz, noviembre 1925): «Es recién que ahora voy a Madrid, por la primera vez, señor Astrana Marín. Desde la costa cantábrica, donde escribo estas palabras, vislumbro los horizontes españoles (...) Voy a mi tierra sin duda. Vuelvo a mi América hispana, reencarnada, por el amor del verbo que salva las distancias». «—¡A qué va usted a ir a Madrid!... me argumentaban, como examinadores los amigos de París.

—A conocer sus grandezas (...) la pequeña esquina de la derruida Capilla del Obispo, en la Puerta del Moro; los dulces grupos de mujeres de velo (...) el primer manuscrito del idioma, sobre el pergamino en que don Rodrigo Díz de Vivar y su mujer Jimena testan sus heredades... A eso hay que ir a Madrid.

—Bueno. A eso se puede ir, pero para pocos días. Luego, *il n'y a rien á faire* añadían los amigos, perdidos para siempre de parisismo», y añade en contestación a Astrana Marín: «Yo no voy a llegar ver y vencer, como usted cree. Si hay alguna parte en este mundo, donde ha de triunfarse (?), no será por cierto Madrid el más indicado».

Retrasará lo más posible el viaje, arguyendo que carece de medios para el pasaje (junio 1925), e insistirá a Pablo Abril: «Dígame —repite el 8 de junio— si es posible que yo siga en París, percibiendo lo de España desde el 15 del presente mes (...) O si es forzoso que yo vaya a vivir a Madrid» (p. 76). En octubre, tras la contestación de Abril, que al parecer le ha recomendado ir a Madrid, aclarará que está tratando de conseguir dinero para el viaje y, asimismo, pedir permiso en *Les grands journaux iberoamericains* y añade «Ojalá sea posible mi regreso a vivir en París». El 10 de octubre duda de si podrá seguir recibiendo la beca y viviendo en París. De este modo se servirá de toda la picaresca para eludir el viaje: «Manuel Bueno me dice que él podría tal vez recomendarme al Ministerio de Instrucción, para que me matriculen sin necesidad de ir a Madrid» (p. 83). (Para la matrícula recurrirá a Quizpez Asín y a Larrea). Coyné subrayará esta obsesión de Vallejo por París: «En los dos años siguientes sólo irá a Madrid para cobrar a plazo fijo el monto de su beca» (p. 260).

En diciembre fechará un artículo, sumamente significativo, en el que contraponen Madrid y progreso, contradiciendo la opinión anterior del artículo a Astrana Marín: «Si hay alguna capital europea donde nadie se muere de miseria, esa capital es sin disputa Madrid». El artículo se publicará en febrero de 1926 en *Mundial* y tiene como tema central el favorable humanitarismo de España que no se ha dejado «manejar» por el progreso: «los valores permanentes de la humanidad priman sobre el humo de la locomotora». La calma y la peculiar tranquilidad española será referencia común:

«Madrid es un pueblo en que la agitación moderna, la premura de la máquina que condenaba Wilson, o no ha llegado aún o tiene en él una significación del todo distinta a la que tiene en las otras capitales europeas»; añadirá que el progreso técnico apenas se deja sentir: «En Madrid se tiene la impresión de que los elementos del progreso no son ya nuestros amos y nuestros verdugos, mecanizándonos bajo una ley advenediza, fatal y ciega (...) En Madrid, en cambio, el tren, el tranvía, circula buenamente, sagaz, genuflexo, fraternal, respetuoso, humano y transeúnte a su lado, avanza libre, seguro de la estimación de las máquinas, garantidos, palmeando a veces con la mano los hombros amistosa de una rueda, de un volante, de una caldera. La energía física, el vigor químico, los voltios de luz, la pantalla cinematográfica, el correo del aire, el vencimiento bancario, todo se hace en Madrid, comprensivo, inteligente, para arreglárselas satisfactoriamente con el hombre y siempre a favor de su dicha» (p. 55. Pinto Gamboa, «Wilson y la vida ideal de la ciudad»).

El 31 de octubre, a Juan Larrea, le agradece su cariñosa acogida en Madrid y añade, «sólo pienso en mi próximo viaje a Madrid y que nos pasemos otros instantes tan buenos (...) como los anteriores (p. 85). Le pedirá además discreción con Pablo Abril: «Naturalmente a Pablo aún no le he dicho que volveré a Madrid, puesto que no sé si así se podrá arreglar el asunto. Guárdame la reserva de todos. A Quispez dile que yo iré a quedarme» (p. 85). En noviembre, a Pablo Abril y a Juan Larrea, les indica que viajará de nuevo a Madrid para que cobre la beca en su nombre. En enero de 1926 le pedirá dinero a Abril para el pasaje de tren a Madrid, lo que no podrá hacer en febrero, como anuncia, por haber contraído una blenorragia. El viaje lo realizará en marzo y aprovechará para conocer Toledo, El Escorial, etc. Así se lo indica a Juan Larrea en carta escrita desde Madrid.

En la misma carta aparecerá la primera referencia de su vida en Madrid: «Te escribo del Café Anís Benavente, de la Plaza del Sol. He tenido un día hermoso por mil motivos: pago, promesa de otro pago, buen sol de primavera, aire diáfano y españolas bonitas en las calles» (p. 97 *Epistolario*). La alegría parece ser también literaria: «Esta tarde he conocido a Guillermo de Torre, por presentación de un amigo chileno. Me han invitado a casa de éste para las siete de la noche, pero

me he evadido, diciéndoles que regreso a París esta misma noche. Mientras te escribo, la orquesta del café toca cosas españolas y tristes» (p. 98).

En 1926 amplía los «sablazos» a sus amigos españoles, así a Larrea le pide 100 pesetas, aparte de las 300 que dice que además le debe, y otras tantas a Pablo Abril. Tratará de compensar, eso sí, de un modo más o menos literario: por ejemplo, a Larrea le pedirá su foto y la de Gerardo Diego para enviarla a su artículo de *Mundial* (así como para *Alfar*). La amistad de Juan Gris —a quien había conocido en París en 1924— y la admiración que le produce su obra hará que le dedique casi en su totalidad su artículo sobre el Cubismo.

Sobre este aspecto pedigüeno de Vallejo indicaba Castañón: «Estaba visto que al margen de los dinerillos proporcionados por la beca y lo que devengaba en *Les Grands Journaux*, la imprevisión del poeta era total» (p. 148, *Pasión por Vallejo*).

En septiembre (21) no le quedará otro remedio que examinarse el día 24, fecha en la que regresará a París. Examen en el que, como le dice a Pablo Abril, en carta del 2 de octubre, «me jalaron (...) de la manera más cochina. Volví a matricularme para que mi beca continúe. Me preparo a estudiar para reparar ese deshonor, en Mayo próximo». Pero inmediatamente justifica que no le queda nada del dinero cobrado en Madrid y le pide 200 pesetas.

Al pobre Pablo Abril le irá informando poco a poco de viajes a Madrid que quiere realizar, pero que luego no puede cumplir (en cartas sucesivas desde el 8 de noviembre al 14 de enero), viaje que tendrá lugar en mayo.

En septiembre de 1927 piensa que ya no tiene edad para seguir percibiendo la beca, si bien es cierto que ir a cobrarla le supuso verdaderos quebraderos de cabeza y, de hecho, no le gusta Madrid, como se trasluce en su carta a Abril:

«Usted sabe lo que es Madrid. Nuestras gestiones irían a paso lento, interminable. Los españoles y sus ambientes son invulnerables. Ya los tenemos bien conocidos. Y usted los conoce más que yo, porque ha sentido usted de cerca esa soporífera sensibilidad a la vizcaína. Mi miseria fuera de Madrid es posiblemente menos pesada que en esa villa y corte». Aseveraciones absolutamente en contradicción con lo afirmado en el artículo de 1926. (Para otros autores el hecho de abandonar el cobro de la beca estaría fundamentado en motivos políticos, por discrepancias con el gobierno de Primo de Rivera.)

Pero, en este mismo año, envía desde Madrid una carta al Perú, desde *La Granja del Henar* (el café de las peñas de Valle Inclán y Ortega). Larrea señalará que, en 1925, se había entrevistado con él, en este mismo lugar, para hablar de las tendencias poéticas y de «la poca valía del panorama poético» (p. 172 *Aula Vallejo*, 5, 6, 7). Más tarde, en 1930 —al comentar la poesía de Larrea—, él mismo hará referencias al café: «me extraña que tus cosas gusten y sean aplaudidas por los beocios de la Granja y la Revista de Occidente» (p. 244).

En 1925 le habían presentado a Gerardo Diego, pero el poeta español no conocía la obra de Vallejo. Larrea le proporcionará la lectura y Diego la dará a conocer a su vez a Bergamín (1929). A ambos les parecerá más adecuada la reedición de *Trilce*, dado que Vallejo confiesa no tener ninguna otra obra poética preparada para publicar (parece ser que ya tenía escritos sus «Poemas en prosa», si bien no hay acuerdo por parte de la crítica sobre «Poemas humanos». Georgette subrayará que hasta 1936 no empieza a redactarlos, opinión que contradice Larrea). En sucesivas cartas autorizará a Gerardo Diego a actuar en su nombre para la reedición de *Trilce*, y en mayo de 1930 le pide a Diego y a Bergamín que prologuen la obra.

En 1926, en un artículo titulado «Estado de la literatura española», destacaba la figura de Unamuno como posible mentor de la juventud literaria, frente a Ortega y Gasset (que aún no había escrito *España invertebrada* ni *La rebelión de las masas*), de quien dice no tener la condición de maestro. Posiblemente, el propósito de saludar a Unamuno sea el motivo de su viaje a Salamanca, de donde tuvo que irse, le escribe a Gerardo Diego, por el frío. Ya en Madrid se reunirá con Bergamín «y los demás amigos» (p. 224 *Epistolario*) —Alberti, Corpus Bargas, etcétera—. Asimismo, tratará de solucionar los problemas para la segunda edición de *Trilce*, que se realizará en la Compañía Iberoamericana de Publicaciones. Por otra parte, será la revista *Bolívar* —dirigida por Pablo Abril y aparecida en Madrid por aquellas fechas— la que publique, con objeto de difundirlo, el prólogo a la segunda edición de *Trilce* (noviembre). En esta misma revista publicará las impresiones del viaje realizado por él y Georgette a Rusia y que darán lugar a *Rusia en 1931*. Coyné afirma que por estas fechas Vallejo era ya bastante conocido en los círculos literarios, e incluso le hace competir con Neruda y Torres Bodet subrayando que en marzo de este mismo año se había dictado una conferencia sobre su obra («¿de Federico de Onís?», se pregunta el crítico, p. 281).

Sobre esta breve estancia en Madrid, Gerardo Diego en carta de Larrea la recuerda así: «Vallejo se me presentó en el hotel de Madrid inopinadamente. Le presenté a Bergamín e hicieron las grandes amigas. Pasó un mes en España entre Madrid y Salamanca» (p. 336 *Aula Vallejo*, 5, 6, 7).

Ya en París le pedirá a Diego que le informe de las críticas que hayan aparecido sobre *Trilce*, al tiempo que le envía saludos para «Salinas y los otros amigos que estuviesen en Santander» (p. 229).

Expulsado de Francia por supuestas actividades subversivas, viajará a Madrid con Georgette a fines de año. Pero el 7 de enero le pedirá 1.000 pesetas a Gerardo Diego para que su mujer pueda ir a París a «arreglar unos asuntos económicos que, en nuestra ausencia, están yéndose río abajo» (p. 232). Por la

actitud, una vez conocida España, parece que es Georgette la que menos se adapta a la vida en Madrid, pues la opinión de Vallejo respecto a la capital es oscilante.

En Madrid primero vivirán en un pequeño hotel y luego en un apartamento en la calle Encanto.

Como subraya Carlos Meseses a Vallejo, a veces «le molestaban las ciudades que conocía. Madrid era una de ellas. Sin embargo, volvía con frecuencia a ella. Primero fueron la becha y la publicación de su *Trilce*. Más tarde, cuando las autoridades francesas le pidieron que abandonara Francia, miró inmediatamente hacia España y de España eligió la capital. En muchos momentos de su vida se le verá en actitudes similares. Carácter terriblemente apasionado, que le hace proferir denuestos, para luego olvidarlos y amar lo denostado» (p. 1048).

Pensará Vallejo en la posibilidad de escribir una obra de teatro para aliviar la situación económica, pero no tendrá éxito, y, como le explicará a G. Diego en carta posterior, tampoco contará con una ayuda inicial: «no he podido ver hasta ahora a ningún director de teatro porque no los conozco y desearía verlos en compañía de algún amigo conocido en el mundo de las letras. Bergamín está enfermo. Usted ausente. A Marichalar no me unen mayores lazos. A Salinas tampoco. Alberti está también ausente» (p. 234). Pero por fin conseguirá que alguien le apoye en su proyecto teatral, y nada menos que García Lorca. Él mismo lo relatará en carta a Gerardo Diego, un año más tarde (y aprovechará para pedir 300 pesetas más):

«Lorca ha sido muy bueno conmigo y hemos visto a Camila Quiroga, para mi comedia, sin éxito. La encuentra fuera de estilo. Vamos a ver en otro teatro. Además, Lorca me dice, con mucha razón, que hay que corregir varios pasajes de la comedia, antes de ofrecerla a otro teatro. Yo no sirvo para hacer cosas para el público, está visto. Sólo la necesidad económica me obliga a ello» (p. 243 *Epistolario*). La obra será *Entre las dos orillas corre el río*, que cambió de título cuatro veces a lo largo de los años, cuando la presentó a C. Quiroga llevaba por título *Varona Polianova* y luego *Moscú contra Moscú*.

En agosto le vuelve a escribir que ha ido y venido a Madrid «de París a Madrid y luego a León, Astorga y otra vez a Madrid» (en Astorga le había recibido el joven Leopoldo Panero, quien se lo llevó a su finca para descansar). Ricardo Gullón indica que Panero había conocido a Vallejo posiblemente en el café de la *Granja del Henar*, situado en la calle Alcalá, donde «Le acompañaba un nutrido grupo de fieles, amigos, correligionarios, no tan pendientes de su decir como pudiera suponerse; la turbulencia de la tertulia hispánica alteraba sustancialmente lo que en principio pudo ser y creo que fue un proyecto aleccionador, una especie de miniseminario marxista dirigido por el peruano» (p. 1052, Meneses).

En Madrid presenciará la proclamación de la República; Larrea afirma que

participará en la manifestación, mientras Georgette subraya la indiferencia de Vallejo por su condición de extranjero. Bazán en su libro sobre Vallejo aclarará:

«Entre los más exaltados manifestantes se encontraban Vallejo y sus amigos peruanos Luis Vega (Armando Bazán), Luan Luis Velásquez, expulsado también de Francia, y Julio Gálvez, que desde hacía años se encontraba allí (Larrea: *Aula Vallejo*, 11, 12, 13).

Lo cierto es que Vallejo se inscribió en el Partido Comunista Español, siendo uno de los fundadores de la primera célula comunista en Madrid. Larrea parece indicar que la inscripción se debió a Armando Bazán, expulsado a su vez de Francia.

Gracias a la publicación de *Trilce* se le abrieron algunas puertas y logró editar otras obras: «Desde este ángulo —subraya Larrea— la situación se halla lejos de serle hostil. El hecho de que la prensa madrileña no le aceptara algunos escritos suyos, radicales en extremo, no podía amilanar ni menos sumir en desesperación a quien se reclama de la invencible pasión de Lenin» (p. 349, *Aula Vallejo*, 5, 6, 7).

Su gran éxito lo obtuvo con la publicación: *Rusia en 1931* (Ed. Ulises), recomendado por la *Asociación del mejor libro del mes*. El éxito se debía, según Carlos Meseses, al hecho de ser el primer reportaje que se conocía en España sobre Rusia. Asimismo, publicará *El tungsteno* (Col.: «La novela proletaria», Ed. Cenit), obra sobre la que aparecerá un anuncio en *El sol*, en mayo, y tres anuncios sucesivos de *Rusia en 1931*, también en *El sol*. Asimismo, *El Imparcial* publicará uno de sus capítulos: «La literatura: una reunión de bolcheviques». Gil Banumeya tendrá párrafos elogiosos para esta obra, así como también lo hace el comentariasta de *La voz*. Además, contará con el apoyo de Leopoldo Panero, quien comenta las apreciaciones del poeta en su viaje a Rusia. En *El sol* Xavier Abril publicará un artículo con algunas objeciones sobre *El Tungsteno*.

Respecto a la crítica aparecida en Madrid durante aquellos años sobre la obra de Vallejo habría que destacar la referencia de Torres Bodset a la segunda edición de *Trilce*, publicada en *La Gaceta Literaria*, donde el crítico subraya este hecho como uno de los acontecimientos culturales más destacados.

Sin embargo, no conseguirá publicar *Paco Yunque*, por ser demasiado triste, ni el segundo estudio sobre Rusia (producto que su último viaje en 1931: *Rusia ante el segundo plan quinquenal*), pese al éxito obtenido con el primero.

Por otra parte, el periodista César González Ruano le hará la única entrevista que se conoce de Vallejo, aparecida en *El Heraldo* de Madrid, el 27 de enero de 1931, el periodista hará la siguiente descripción, seguramente no muy favorecedora desde el punto de vista estético:

«Este hombre muy moreno, co nariz de boxeador y gomina en el pelo, cuya risa tortura en cicatrices el rostro, habla con la misma precisión que escribe y no

os espantará demasiado si os juro que en el café se quita el abrigo y le duerme en la percha» (p. 20, Pinto Gamboa).

En periódicos madrileños también publicará algunos relatos en *La voz* (22 mayo 1931) dará a conocer «Una crónica incaica», y un mes más tarde, en el mismo periódico, «La danza del Situa» (17 de junio).

En octubre volverá de nuevo a Rusia, esta vez sin Georgette, que no le había acompañado tanto por no estar invitada al Congreso Internacional de Escritores como por, como señala Larrea, no encontrarse en condiciones de afrontar el viaje debido a los continuos abortos provocados:

«Su mujer se hallaba enferma, siendo esa enfermedad la que para entonces había tomado en ella carácter crónico intermitente. A su regreso se encontró con que las cosas no habían mejorado. Durante bastante tiempo —me parece que unos tres meses— su mujer estuvo albergando un feto sin vida en las entrañas (...) hasta que por fin fue intervenida en un hospital. Cuando César refería estos sucesos algunos meses después, cambiaba de color» (p. 350 Larrea).

Dos días más tarde de relatar a G. Diego su fracaso con Camila Quiroga y la obra de teatro (29 enero 1932) escribirá a Juan Larrea sobre Madrid de modo lapidario:

«Madrid es insoportable para vivir aquí. De paso, pasa y hasta es encantador. Pero para hacer algo y para vivir, no se vive ni se hace nada». Añade más adelante lo único que le gusta de Madrid que, para el hambriento Vallejo, tiene que ver con el sustento: «Aquí, en Madrid, hay sólo pocas cosas que me gustan: el sol, que es infalible, como el Papa; el arroz a la valenciana (que dicho sea de paso, lo están haciendo ahora muy mal); las famosas angulas que tú me hiciste conocer hace ya tantos años; los ascensores de las casas y la tranquilidad aldeana en que se vive. Como verás, esto es muy poca cosa al lado de lo que Madrid tiene de aburrido, de vacío y de aldeano precisamente» (p. 245).

Pese a que, al parecer, la estancia en Madrid fue tal vez la más feliz de su vida, con una gran actividad literaria —como señala K. McDuffie—, trabando amistad con los más famosos escritores de la época (Cernuda, Unamuno, Machado, Alberti, Gerardo Diego, Lorca), Vallejo siente una atracción especial por París. Madrid desaparecerá como término en los cuatro años siguientes, hasta que se declare la guerra en 1936.

Esta etapa, que Coyné denomina como etapa oscura de Vallejo, hasta la declaración de la guerra española, probablemente fue una etapa de reflexión, «Larrea recuerda un texto suyo de enero de 1935, titulado *Los incas redivivos*, donde entre otras cosas se refería a Machupicchu: “Tierra y cielo parecen allí haberse aliado al sueño de los hombres, para esculpir en talla directa sobre la inmensidad de las alturas, una verdadera ciudad de Dios”. Todo lo cual lo ayudó

a volcar en 1936 su ancestral memoria americana en su amor desgarrado por España, esa España mártir y redentora cuya pasión de vida tan afiebradamente compartió» (Coyné, p. 315).

El impacto de la guerra le hará volver los ojos de nuevo a España. Esto hará que Georgette señale que en el 36 hizo un breve viaje a Madrid, pero Larrea lo contradice afirmando que no pasó de Valencia, dato que conoce por información de León Felipe, pues «en vez de viajar a Madrid, se había marchado a Barcelona. León decía que su estada en Valencia había sido relámpago y que, si en vez de llegarse a Madrid se fue César a Barcelona, se debió probablemente a que no se sintió seguro temiendo que se le hubiese asociado con él» (p. 328, *Aula Vallejo*, 11, 12, 13). Sin embargo, sí que lo hizo en 1937, con el Congreso Internacional de Escritores Antifascistas, si bien fue una visita relámpago que apenas duró veinticuatro horas. De este año que data su última obra, *España aparta de mí este cáliz*. Su visita al frente de Madrid seguramente influirá en el cambio de cierta terminología, como veremos a continuación.

MADRID EN LA POESÍA

La estancia de Vallejo en Madrid, los viajes sucesivos que hará desde 1925 hasta 1932, harán que la imagen de la capital sea una de las que más espontáneamente surjan cuando sobrevenga la Guerra Civil. Ya en el primer poema hará referencia a Coll uno de los héroes republicanos del frente de Madrid: «Contemplemos a Goya, de hinojos y rezando ante un espejo / a Coll, el paladín en cuyo asalto cartesiano / tuvo un sudor de nube el paso llano» (p. 451, y en el mismo poema («Himno a los voluntarios de la República») la cita del término Madrid hace que la acción descrita se centre en este lugar:

«en España, en Madrid, están llamando
a matar, voluntarios de la vida» (p. 433).

Asimismo, en «Batallas», segundo poema de la serie, Madrid aparece también como zona en conflicto:

«En Madrid, en Bilbao, en Santander
los cementerios fueron bombardeados» (p. 457).

Por otra parte, el poema VIII, el de Ramón Collar, sufrirá repetidas reelaboraciones hasta que Madrid aparezca citado tres veces. En un principio, tras el quinto verso, como señala Larrea, aparecía «en Teruel, en tu Teruel», sustituido más tarde por «en el frente de Irún», y, finalmente, por «en el frente de Madrid»:

«prosigue tu familia sog a sog,
se sucede,
en tanto que visitas, tú, allá, a las siete espadas en Madrid
en el frente de Madrid.

...
Ramón de pena, tú, Collar valiente,
paladín de Madrid y por cojones; Ramonete
aquí» (p. 468).

Por otra parte, el poema X («Invierno en la batalla de Teruel»), en un principio tuvo por título «Después de la batalla de Madrid».

La reiteración de Madrid en los poemas dedicados a España, nos hace pensar en el impacto que supuso para Vallejo la visita al frente de batalla. Por otra parte, había conocido la capital en otras circunstancias, es decir, conocía un pasado pacífico y tranquilo —incluso en extremo, como hemos visto— y el choque, por el contraste, seguramente fue mayor.

Por último, habría que reseñar el empeño de los milicianos por publicar la obra de Vallejo dedicada a España, lo que se consiguió en 1938, en las prensas del mismo frente, edición que hace algunos años rescató Julio Vélez. Todo ello habla favorablemente de la buena acogida de la obra de Vallejo en España, lo que se confirmó tras su muerte, en artículos de homenaje al escritor peruano, redactados durante la misma guerra. María Teresa León le dedicó el titulado: «C. V., el gran poeta peruano ¡ha muerto!», en *El mono azul*, n.º 45, mayo 1938. También De la Fuente, en *El sol*, hablará de su relación con Vallejo («Recordando a un amigo muerto. Cómo era César Vallejo». 25 septiembre 1928), y Andrés Iduarte publicará, asimismo, una semblanza del poeta en *Hora de España* (Barcelona, n.º XIX, 1938). Por último, la revista publicada en París *Nuestra España*, le dedicará un número completo de homenaje el 21 de octubre de 1938.

En resumen, la visión de Vallejo sobre Madrid pasará por diferentes etapas, desde la ignorancia y la indiferencia que tiende al rechazo hasta la aceptación y la búsqueda. En Madrid obtuvo honores, reconocimiento, dinero, publicaciones, pero París le atrajo con la seducción de lo fatal, atrapándole definitivamente.

ROCÍO OVIEDO PÉREZ DE TUDELA
Universidad Complutense

BIBLIOGRAFIA

- Castañón: *Pasión por Vallejo*. Mérida (Venezuela). Universidad de los Andes, 1963.
- Coyne, André: *César Vallejo*. Buenos Aires, Eds. Nueva visión, 1968.
- Larrea: *Aula Vallejo*, Argentina, Universidad de Córdoba, nn., 5, 6, 7, julio 1967, y 11, 12, 13, octubre 1974.
- Mc Duffie, K.: «César Vallejo y la Vanguardia en España». *Las relaciones literarias entre España e Iberoamérica*, XXIII Congreso del IILI. Madrid, 25-29 junio 1984. Instituto de Cooperación Iberoamericana, Facultad de Filología, Universidad Complutense, Ed. de la Universidad Complutense, 1987.
- Meneses, Carlos: «El Madrid de Vallejo», *Cuadernos hispanoamericanos*. Madrid, nn. 456-457, junio, julio 1988.
- Pinto Gamboa: *César Vallejo. En torno a España*. Lima, Ed. Cibels, 1981.
- Vallejo: *Epistolario general*. Prólogo de J. M. Castañón, Valencia, Ed. Pretextos, 1982.
- *Obra poética*. Ed. de Américo Ferrari. Madrid, Archivos, 1988.
- *Crónicas*. México, UNAM, 1985.